

la moderna civilizacion. Sus escombros demostraban entonces de una manera patente el fruto aciago de nuestras discordias, y el viajero al llorar sobre las ruinas de tan ilustre ypreciado monumento, lloraba tambien sobre los males de la patria que se sentia sin fuerzas para mantener intacta una página gloriosa, cuya conservacion debia mirarse como orgullo de la España y esplendor de sus hijos.

## II.

### LA VARONA CASTELLANA.

Una tarde, cuando aun los hijos de San Benito no habian sido todavía llamados para ocupar las retiradas celdas de Oña, cuando estas eran aun ocupadas por las vírgenes del Señor, la superiora recibió recado de que una dama principal á juzgar por su apostura, deseaba hablarla en secreto.

Dió permiso la superiora para que se la introdujera.

Pocos momentos despues, una muger entraba en la celda. Vestia un traje de rica pero sencilla tela y un manto como los que entonces usaban las damas de alcurnia la envolvia toda. En cuanto se halló ante la superiora, la desconocida se dejó caer de rodillas y dijo con voz conmovida.

— Madre, no me lo negueis, oh! no me lo negueis por Dios! quisiera acabar mis dias en el asilo de este santo monasterio.

— Hija mia, — contestó con voz afable la superiora, — la casa de las esposas del Señor no cierra sus puertas á nadie. Solas estamos; descubríos ahora y decidme quien sois.

La desconocida apartó el manto. Era una muger ya entrada en edad, pero en su rostro se leian los agraciados restos de una belleza nada comun al par que brillaban en su fisonomía los rasgos de un carácter enteramente varonil. La espresion de sus ojos sobre todo encerraba tal firmeza, tal superioridad, tal mezcla de energía y de dulzura, que quien la veia por vez primera, sentíase subyugado por aquella mirada propia mas bien de un hombre criado en el campo de batalla, que de una muger educada para brillar en los salones de palacio y en los andenes de las justas.

La superiora la contempló sin decir nada.

— Quien soy quereis saber ahora? — dijo la desconocida con un acento dulce pero en el que se traslucia cierto tinte de orgullo que acaso no pudo dominar. — Pues bien, soy la Varona castellana.

Al oír este nombre la superiora se puso en pié.

— La Varona! vos! oh! bienvenida seais, noble señora, y es este un bello dia para las vírgenes que se consagran al culto religioso, pues que venís á partir su morada y á demandar la hospitalidad de su pobre techo. La patria que os bendice por vuestro valor os admirará por vuestra piedad. El estado de viudez que os caracteriza, Doña María, no os permite vestir el hábito de castidad como hubierais quizá deseado, pero retirada podeis vivir en una de nuestras modestas celdillas, gozando las delicias inefables que guarda el Señor para sus penitentes protegidas.

Dijo la superiora, y Doña María la besó la mano derramando lágrimas de gozo y dándola las gracias.

Veamos ahora quien era la muger que fué á demandar humilde hospitalidad al monasterio de las esposas de Dios.

Gruesas gotas de lluvia empezando á caer en profusion de los preñados nubarrones que se cernian sobre los bosques de Villanañe, dispersaron una comitiva de caza que una mañana de octubre de 1064 se entregaba á todo el ardor de tan peregrina diversion.

Pero, cuando la próxima tempestad aconsejó una prudente retirada á los que dirijian los grupos de monteros, ya la batida habia empezado y una dama, vestida con varoniles arreos, se habia internado en el bosque montando un gallardo alazan y con toda la impetuosidad de una desatada carrera.

Era Doña María Perez de Villanañe. Habia visto cruzar por entre el follaje al jabalí y arrojárase veloz en su persecucion, con todo el placer y en-

tusiasmo que sentía la hermosa jóven por la caza, su pasatiempo favorito, en el cual sin cesar se ejercitaba manifestando un raro denuedo, ordenando con singular discrecion las batidas y no volviendo jamás al castillo de sus hermanos sin llevar consigo por trofeo la cabeza de un jabalí ó las cornamentas de un ciervo que colgar, como prenda de triunfo, en el pórtico de su señorial fortaleza. Así, entre el placer de la caza y las tareas domésticas, pasaba sus dias la jóven doncella sin conocer lo que era amor, sin haber sentido palpitar nunca su corazón á impulsos de una pasión devoradora. Ignorada é ignorante, creía que todos los goces del mundo se encerraban en la caza, para la cual sentía un entusiasmo verdaderamente varonil.

Sola vivía en el castillo de sus padres con sus hermanos Alvar y Gomez, y nunca soñó en salir de aquellos sitios ni creyó nunca que pudiera un dia abandonar á sus hermanos ó cambiarse en otra su existencia. Su presente era para ella todo su porvenir. Era dichosa, qué mas necesitaba?

El dia de que hablamos internose en el bosque en desalada carrera atravesando por entre el follaje, saltando torrenteras, venciendo cuantos obstáculos se presentaban al paso de su caballo que manejaba con singular maestría. Bien pronto dejó de percibir las voces de los cuernos que tocaban retirada, y cuando empezó á notar que la lluvia caía en abundancia, cosa que hasta entonces no le permitiera reparar su ardor, hallóse en lo mas fragoso de la selva, perdido el camino y sin saber á donde se habia dirigido ó por donde se le habia desaparecido la fiera tras la cual corría. Revolvió en torno los ojos: era el sitio en que se encontraba de un aspecto el mas salvaje, el viento gemía de una manera siniestra al pasar silvador por entre el nutrido follaje, la lluvia caía con aquel estruendo con que cae en el corazón de los bosques, el poco cielo que veía sobre su cabeza se le presentaba negro y oscuro; la hermosa jóven se halló en un lugar desconocido y conoció que se habia extraviado.

No por esto se sobrecojió su corazón. Buscó el sitio donde era mas espeso el follaje para ponerse al abrigo de la lluvia y aplicó el cuerno á sus labios para con él avisar la direccion que debían seguir sus compañeros para encontrarla. Sin embargo, al prolongado sonido del cuerno no contestó otra cosa que un no muy lejano relincho de caballo.

La jóven creyó que aquel relincho aislado indicaba no ser ella sola la que se habia extraviado, y determinó dirigirse hácia el sitio de donde habia partido, mayormente cuando á un segundo son del cuerno contestó de nuevo otro relincho, como si el noble bruto quisiera indicar á su modo la necesidad apremiante de auxilio.

La amazona dirigió pues su caballo por entre la maleza, abriéndose paso como mejor pudo, y no tardó en herir sus ojos un espectáculo que cautivó todo su interés.

Tendido bajo una nudosa encina, pálido como la muerte y vertiendo abundante sangre de una herida en las sienes, hallábase un jóven y apuesto caballero. A su lado descansaba el casco y á tres ó cuatro pasos veíase su alazan que, como si comprendiera la situación de su jinete, parecia mirarle con ojos inteligentes. En un momento hubo María descabalgado y acercándose al desconocido, aplicole todos los socorros que su estado reclamaba. Vendó su herida, bañó su rostro con agua fresca, y á los pocos instantes tuvo el placer de verle ir volviendo en sí gradualmente.

Al abrir sus ojos, el caballero no pudo reprimir un movimiento de grata sorpresa al ver á su lado á una hermosa jóven que, con sus arreos de caza, no parecia sino la Diana de los bosques que habia acudido en su auxilio. Iba á dirigirla la palabra, á interrogarla, á saber si era fantástica vision ó terrenal belleza, cuando llegó hasta ellos, rasgando los aires, el claro sonido de un cuerno.

Eran las partidas de cazadores que recorrian el bosque buscando á la jóven. Esta contestó á la señal con otra y bien pronto, por un camino inmediato, desembocó en el sitio donde se hallaba María con el herido, una docena de cazadores llevando á sus dos hermanos Alvar y Gomez al frente. Estos quedaron notablemente sorprendidos al aspecto de aquel galan caballero reclinado en el suelo y sostenido por su hermana, pero bien pronto Gomez, mirando atentamente las facciones del desconocido, arrojóse del caballo exclamando:

— Dios mio! el infante Don Vela!

— El infante! murmuró María haciéndose respetuosamente atrás.

— El infante! dijeron todos descubriéndose.

En efecto, era el hijo del soberano de Navarra.

Dirijase Don Vela á Villanañe para cuyos hijosdalgo llevaba el ejecutivo mensaje de que era necesario se aprestasen á la lid, pues su tío el rey de Castilla les llamaba como nobles comprendidos en la leva general. Habíase por acaso separado de la escasa comitiva que le acompañaba y entrado en el bosque, donde al pasar por junto á un árbol con toda la rapidez del caballo, recibió en la sien el golpe que le obligó á dejarse caer del alazan, quedando á poco desfallecido bajo la encina en que desangrándose le halló la hermosa Doña María.

Inmediatamente los cazadores formaron una parihuela con troncos y ramas en la que depositaron al infante que sufría mucho de la cabeza, y la comitiva se dirigió hacia el castillo, siendo de notar que en todo el camino no apartó Don Vela la vista de su gallarda salvadora, cuya hermosura hiciera en su alma una profunda impresión.

El restablecimiento del infante no se hizo esperar, acabando de completarle el trato afable y delicado con que le obsequiaron los cumplidos dueños del castillo y las mil atenciones y cuidados de que supo rodearle Doña María. Grata fué para Don Vela la permanencia en Villanañe, tanto mas grata cuanto que en su corazón, que hasta entonces solo había suspirado por la guerra y por la lucha, acababa de nacer el amor como nace repentinamente una flor en el yermo. Solo estaba tranquilo cuando veía á la jóven, solo se sentía alegre cuando la miraba á su lado, solo hallaba paz, calma y dicha cuando podía clavar sus ojos en sus ojos, y manifestarla en el mudo lenguaje de la pasión todo aquello que un alma enamorada sin oírlo comprende y sin que se lo digan adivina.

En tanto, la bella castellana de Villanañe sentía también su propio corazón embargado por un deseo desconocido y no acertaba á darse cuenta de como habían cedido ante goces mas tranquilos y, digámoslo así, mas domésticos las necesidades varoniles que antes experimentaba de pasar los días en la caza ó domando algun rebelde potro de las serranías ó entreteniéndose en tirar al blanco con los arqueros y ballesteros del castillo.

El amor, con todos sus dorados sueños de rico porvenir, revoloteaba sobre la cabeza de los dos jóvenes.

Después de varios días de permanencia en el castillo, Don Vela recordó que su deber le llamaba á otra parte, y para todo buen caballero ha sido siempre una voz tan imperiosa como irresistible la del deber. Quiso pues arrancarse á los sueños de amores que allí le tenían embargado, romper las cadenas de rosas que le aprisionaban, y una tarde notició su partida á sus huéspedes, en ocasión en que estaban todos reunidos en la gran sala del castillo.

Doña María, que se hallaba bordando junto á una ojiva, soltó al oír aquella nueva la tapicería que tenía en su falda y sintió que la palidez como un

velo de gasa corría por su rostro. Si es que no lo había conocido antes, entonces lo conoció, conoció que amaba á Don Vela.

Aquella misma noche el infante y la jóven se encontraban por casualidad en una de las calles perfumadas que cruzaban en varios sentidos la alameda del parque. Nadie supo lo que se dijeron aquellos corazones que hacia tiempo se entendían sin hablarse, nadie supo las palabras que trocaron aquellos labios amantes... Solo lo supieron las auras que murmuraban quejumbrosas agitando las cabelleras de los árboles, solo lo supieron las aguas del arroyo que se deslizaba rumoroso á los piés de los dos jóvenes, solo lo supo la luna, casta antorcha de la noche, que durante su misteriosa entrevista les envolvió como á dos almas escojidas con el mismo cendal de luz, con el mismo velo de transparente topacio.

Al amanecer del siguiente día un caballero cruzaba al galope de su corcel el puente del castillo y bajaba la rápida cuesta que guiaba al valle. Ya en la llanura, volvíose como para contemplar por última vez las torres que se dibujaban robustas en el horizonte á los albores matutinos, y vió á una dama que, de pié en un torreón, agitaba por entre las almenas un blanco pañuelo en señal de despedido y de saludo.

El caballero era el infante; la dama Doña María.

Ha sido pregonada al son de la trompa guerrera la orden real en toda la comarca tributaria, y por dó quiera ha sonado el clarín que convoca á los valientes.

Don Vela lo ha dicho ya. La guerra es inminente para el rey de Castilla y se ha sabido que D. Alonso I de Aragon trata de forzar á todo trance las fronteras de la Rioja.

El entusiasmo guerrero brilla en todos los ojos, el deseo de la lid luce en todos los semblantes. Puéblanse las sendas que guían al castillo de generosos donceles que, sin blason para sus armas, ansian correr al campo de batalla donde ganar el escudo heráldico que ambicionan; llenas están las salas de antiguos paladines que no desprecian el nuevo laurel con que puede ceñir sus sienes el honor de una jornada; confúndense en los patios los soldados que anhelan para sus banderas la victoria y para su patria las hazañas. To-

do hierve, todo bulle en el castillo. Villanañe se ha convertido en un campamento.

Solo los dos hermanos Perez, solo Alvar y Gomez están descontentos, y no era en verdad por tener que partir allí donde les llaman su honor, su rey y su patria, sino por tener que dejar sola y abandonada á su hermana en el triste solar de sus antepasados.

Una mañana, — fuerza era ya decidirse, — revelan á la jóven el dolor que les causaba tan inopinada separacion, pero cuando creian que Maria iba á verter crudas lágrimas estrechándoles en sus brazos, venla por el contrario levantarse serena y resuelta, pintada la mas varonil enerjia en su semblante, despidiendo sus ojos el fuego del entusiasmo.

He ahí como les habla la noble doncella.

— Mal habeis juzgado de vuestra generosa sangre que es la misma que por mis venas corre, hermanos míos, si creido habeis por un momento siquiera que pudiera yo abandonaros á vuestra suerte. Nó, sea cual fuere, arrostrarla yo quiero con vosotros. Yo he nacido para hombre y no para muger, y probároslo debe la intrepidez con que monto á caballo y la serenidad con que persigo á las fieras. Y pues sigo impávida las huellas del furioso javalí y manejo como vosotros la espada y la ballesta, porqué no he de vestir tambien las duras mallas, antes que permitir afeminarse mi cuerpo en esa delincuente ociosidad que odio y detesto? Nó, nó, dadme una espada, un corcel, una armadura, y á vuestro lado iré en los combates, y allí me hallareis siempre donde sea mas cruda y mas encarnizada la pelea.

Tan enérgico razonamiento es acogido con júbilo por sus dos hermanos que aplauden gozosos la resolucion de Maria y besan con respeto la mano de la digna heroína destinada acaso por el cielo á ser honra y prez de su linaje.

Actívanse desde aquel dia los preparativos de la partida, y llegado por fin el momento de marchar, colócanse á la cabeza de sus respectivos escuadrones los hidalgos paladines, marchando al lado de Gomez un apuesto caballero de talle gentil, una toca blanca sobre el yelmo y sin divisa ni color la adarga.

Rojizo y de siniestros resplandores es el sol que alumbra los campos de Atienza el 14 de Mayo de 1065. Diríase que su color es de sangre.

Dos ejércitos se hallan frente á frente, inmóviles, amenazándose uno á otro con su actitud formidable.

De pronto, ondulan los plumajes de los cascos como las espigas en el cam-

po á un soplo de viento, tremolan los escuadrones sus estandartes y llenan el espacio los broncos sonos de las trompetas y de los atabales. Los dos ejércitos se han precipitado uno sobre otro encontrándose en medio de la llanura con el choque terrible con que hubieran podido tropezarse dos murallas de hierro.

Trábase reñidísima contienda, resuenan las espadas sobre los escudos, resbalan chispeando las dagas en las armaduras, pueblan el aire, mezclados y revueltos, gritos de guerra, aclamaciones de victoria, ayes y lamentos, crujen los arneses, galopan los caballos, todo es confusion, todo estrépito, todo gritería, y á todo esto el clarín no cesa en sus bélicos acentos y una nube de polvo envuelve á los lidiadores.

La noche les sorprende cuando aun no ha podido decidirse la victoria por ninguno de los dos bandos, y al ver la obscuridad que se aproxima y con ella la tempestad que anuncia el cielo, entrambos monarcas deciden retirar sus gentes y aguardar en sus campamentos la luz del nuevo dia. Cesa poco á poco el estruendo, vánse mitigando los clamores, llegando va gradualmente la calma. Los combatientes se han retirado á sus reales.

La oscuridad es completa, y tan agrupados y preñados corren los gigantes- cos ejércitos de nubes, que el cielo parece tocarse casi con la tierra.

En uno de los puntos mas avanzados del real de Castilla, vela sigiloso un caballero, inmóvil sobre su alazan, la lanza en el estribo, baja la celada. Parecia una columna de hierro. De pronto oye no muy lejos el paso mesurado de un bridon y permite la oscuridad dibujarse una figura militar ante los ojos del centinela castellano que, enristrando la lanza y moviendo la brida, grita, esforzando la voz al que parece llegar del real contrario:

— Quién va?

— Aragon.

— Ríndase Aragon!

— Nunca! Defiéndase el castellano, vive el cielo! que ya que aquí me ha traído la loriguez de la noche haciéndome errar el camino, no he de volver á mi real sin llevar prisionero al centinela.

— Defendeos vos primero, el aragonés, y veamos quien lleva á quien prisionero.

Y diciendo esto, arremete contra el arrogante aragonés que le recibe á pié firme, volando hechas astillas las lanzas con el choque. Ambos caballeros requieren á un tiempo las espadas, y crúzanse los aceros arrojando chispas. Valor, destreza y fuerza compiten en la lucha, pero tarda en decidirse la victoria.

Por fin, la espada del aragonés al descargar un terrible tajo que bien mal parado hubiera dejado á su antagonista, encuéntrase al paso con el escudo del de Castilla, y rómpese como si fuera de frágil vidrio, quedándole en la mano solo el puño. La fatalidad ha puesto al aragonés á merced de su contrario que levanta su espada.

— Bajad el arma, soldado, y decidme si sois tan noble como vuestro valor indica.

— Tan noble soy, — contestó el castellano — que no cedo ni al rey en hidalga cuna. Mi sangre es limpia, godo mi linaje, y por encima del blason de mis abuelos sienta un yelmo de seis rejas que su calificada alcurnia y su antiguo solar acredita.

— Fio en vuestra palabra y ahí teneis mi manopla en prueba de victoria. Y guardarla podeis como un tesoro, castellano, que manopla es de monarca.

— De monarca decís? Pues quién sois vos?

— Don Alonso de Aragon.

Al oír este nombre, el castellano se apeó precipitadamente é hincando en tierra una rodilla,

— Perdon os pido, señor — exclamó; — si antes os hubiese conocido, primero que levantar sobre vos mi espada, como blanco me hubiera ofrecido á vuestra lanza. Guardad la manopla que generosamente me habeis dado, y partid en buen hora á vuestro campo olvidando al vigilante centinela que, solo cumpliendo con su consigna y sin conoceros, se ha atrevido á medir sus armas con las vuestras.

— Atento sois y galante, el castellano — dijo el monarca, — pero las leyes de la caballería me impiden aprovecharme de la generosidad de que haceis gala. Vuestro prisionero soy; llevadme á vuestro campo. Solo de vos deseo que me digais vuestro nombre.

Al llegar aquí el castellano vaciló. Decidiose por fin á hablar, conociendo que su silencio podia ser desfavorablemente interpretado por el monarca.

— Señor, — dijo, — yo no soy lo que parezco. Bajo la armadura que me encubre, late el corazon de una muger.

— De una muger? — exclamó D. Alonso haciéndose atrás asombrado. — Vos una muger!

— Si señor. Soy doña María Perez de Villanañe.

El monarca no acertaba á volver en sí de su sorpresa y pasmo, al verse prisionero de una dama que habia lidiado como pocos hombres lo hubieran hecho.

Cuando llegaron á la tienda real, el soberano de Castilla recibió con los bra-

zos abiertos á D. Alonso que le presentó á su vencedor. Fué preciso que la heroína castellana se quitara el casco y descubriera el rostro, para que su rey se asegurara de lo que á creer no acertaba. Solo cuando estuvo convencido de que era en efecto una muger, la dirigió galantes palabras con que celebró su valor y esfuerzo, contestándole generosa doña María:

— Yo soy, señor, la afortunada vasalla vuestra, que ha obtenido la dicha de venir á vuestro real, sirviendo al soberano de Aragon. Buscó mi brazo otro brazo, hallé con quien medir mis fuerzas, choqué espada contra espada, y porque Dios así lo quiso, vencí á quien para honrarme quiso darse por vencido (1).

Prendado el monarca aragonés de esta respuesta y de la bizarría y gentileza de la doncella, sacó de su dedo un anillo en que estaban grabadas las armas de Aragon y dióselo con galantes espresiones, al propio tiempo que el de Castilla, no menos admirado, señalaba á la jóven las armas que le otorgaba de allí en adelante por divisa añadiéndole:

— A vos, porque en vuestros hechos mas que hembra varon sois, os llamaremos de hoy mas la *Varona*. Varonas deberán apellidarse vuestros descendientes, y tambien, para fama perpetua del suceso, quiero que los campos de Atienza dejen este nombre para titularse de Varona.

De tal modo honraron los dos monarcas, amigos ya, á la ilustre heroína de Villanañe.

El acontecimiento que hemos referido grangeó á la noble doncella una fama y una popularidad inmensas y fué, bien puede decirse, el escabel que le sirvió para subir al pedestal de su gloria.

Toda una carrera de triunfos se presentó á los ojos de la insigne Varona castellana, y apresurémonos á decir que empezaron los tercios de su país á mirarla con tanto respeto que, habiendo ocurrido el prematuro fallecimiento de Don Alvar Perez, suplicáronla que entrara á gobernar los decididos batallones.

Poco hacia que se colocara al frente de las aguerridas tropas cuando, sabedora que el miramolin de Galicia se iba apoderando de la provincia de Astorga con ánimo de atacar la de Leon, decidió ponerse en marcha contra los moros, sus enemigos naturales.

(1) Tales son las palabras que, segun el erudito escritor D. R. Monje, pronunció en tal acto doña María. El mismo autor refiere tambien de un modo parecido al con que lo hemos contado la escena del duelo entre la castellana heroína y el monarca de Aragon.